

LOS ESPÍRITUS DEL HOGAR.

Por Léo Lespès.

(CONCLUYE.)

FLAVIA, compasiva amiga mía, tierna confidente de mis penas de amor; mi buena Flavia, vos que, mas adelantada en edad que yo, os habeis rejuvenecido en entendimiento para interesaros por mi juventud tempestuosa, contemplad qué triste zozobra no tendria yo toda la mañana que precedió á la de la llegada del tan afamado doctor. Antes de ceder á esa curiosidad femenil que os atormenta, antes de volver las hojas de esas memorias y de leer, como la dama que se fastidia, la novela toda en la última página, descended un momento á vuestra alma y decidme si la realidad de la desdicha no es á veces preferible á la duda. Encuéntrase uno sin fuerzas, pero tambien sin agitacion ante un hecho consumado; tiembla uno ante ese vapor engañoso que se nombra esperanza. El reo á quien se niega el indulto de la pena de muerte, puede dormir la víspera de su ejecucion; pero el que tiene puesta su esperanza en el fallo de los magistrados ó en la clemencia del rey, este no duerme, pues oye sin cesar á su lado como un genio bueno y malo disputándose una presa.

Así estaba yo.

¿Debia yo dar crédito á la posibilidad de una curacion milagrosa? ¿Debia esperar que encontraria otra vez rico, fuerte, vuelto á su juicio, aquel vigor de pensamiento que encantaba en otros tiempos á las personas que sabian apreciarle? ¡ó la nueva tentativa, como tantas otras, se desgraciaria, y Silvia seria nuevamente condenada á llevar sobre su entendimiento el velo de la locura!

El dia siguiente, acabada apenas de dar la sétima hora de la mañana, me presenté en el domicilio del facultativo, el cual echándose una capa encima, pues estábamos en los primeros dias de la primavera, me siguió, platicando afectuosamente por todo el camino.

—¿Vuestra esposa es morena ó rubia? me preguntó.

—Rubia, le contesté.

—¡Ah! teneis predileccion por las rubias, como yo, y haceis bien. Siempre que una rubia es bonita, su beldad es rara vez incompleta: no sucede lo mismo con las morenas. Una cabellera de ébano emblanquece la tez con el contraste de los colores, haciendo el efecto que la mancha de luz en un cuadro de Rembrandt. Des-

graciadamente en medicina las rubias son mas difíciles de curar que las morenas, pues son unas naturalezas débiles y apáticas que no tienen sino una energía nerviosa y en las cuales la imaginacion hace estragos considerables.

Ya que hubimos llegado á mi casa, introduje al doctor en el cuarto de mi mujer.

Silvia estaba acostada en un canapé: su actitud era la de una contemplacion extática, clavados los ojos en el suelo, y su brazo, modelo de redondez y de pureza de forma, sostenia con trabajo su lánguida cabeza.

—¿Esa es la enferma? preguntó el doctor.

Hice una seña afirmativa con la cabeza.

—¿Qué os duele? díjole el facultativo á Silvia.

—Nada. ¿Quién os ha dicho que me duela algo? Estoy buena y sana, estoy alegre y contenta... ¡soy muy feliz!

Y al acabar estas palabras dichas con empacho, fijó en su interlocutor la vista con hosca expresion.

—¿Nada os agita en este momento?

—¡No!

—¿No teneis miedo?

—¡No!

—¿No veis nada extraordinario en derredor vuestro?

—¡No!

El doctor volviéndose á mí, me dijo por lo bajo:

—¿Qué género de alucinamientos padece?

—¿Miedo de fantasmas! ¿de espíritus del fuego!

—Espíritus del fuego!... dijo recorriendo su memoria, ¿espíritus del fuego!... Yo he oido hablar de eso en alguna parte, pero mi memoria es tan flaca.... Y ¿cuándo ve ella esos espíritus?

—Cuando el hogar está lleno de leña inflamada!

—¡Ah! ¡ya estoy! Pues, señor, mandad hacer al punto una lumbrada en la pieza inmediata y veremos el efecto de la crisis que produzca....

Dispúselo así y en breve un hogar abrasado despedia en toda la pieza su viva luz.

—Mucho calor hace aquí, señora, dijo Alfieri; ¿tiene usted la bondad de pasar conmigo al aposento de vuestro marido?

—¿Para qué acompañaros? Yo estoy bien aquí.

—Sí, pero allá estareis mejor para conversar, pues yo tengo que conversar con vos.

—¿Conmigo? ¿Qué teneis que decirme?

—Ya lo sabreis; pero mientras, no hay para qué helarnos aquí: ved cómo se están soplando las manos esos caballeros.

Tomóla de la mano y llevósela poco á poco al aposento en donde estaba el hogar vivo y *chispeante*.

—¡Ah, Dios mio, Dios mio! exclamó la pobre mujer, ¿pues no habiamos convenido desde mucho tiempo hace en que no se encenderia lumbre? ¡Dios mio! ¿para qué traerme aquí?

—¿Qué teneis? No hay riesgo alguno de incendio.

—Lo que temo es lo que puedo ver.

—Y ¿qué es lo que veis?

—Pues allá, allá, entre dos montones de cenizas humosas, él, él mismo, enojado.

—¿Quién.... él?

—El que he ofendido, el mismo cuya fe he violado, cuya memoria he profanado!... ¡Oh, retiradme, retiradme de aquí!

Luego cayóse sobre una silla, acometida de un violento ataque de nervios.

—Es preciso apagar la lumbre, dije yo al doctor, pues me habia causado mucho sobresalto esta perturbacion fisica.

—No lo penseis, respondió el doctor, y dejadme hacer lo que convenga, puesto que me habeis mandado llamar.

Yo me incliné: aquel hombre me habia subyugado con su mirada perspicaz.

Sacó de su faltriquera un frasquito, en su contenido mojó el pañuelo de Silvia, luego frotó suavemente las dos sienes de ella. El ataque de nervios cesó.... la enferma recobró sus sentidos.

—¡Echad leña al fuego! exclamó ella, y no dejéis apagar la llama.

Silvia hizo un movimiento como para escabullirse; mas el doctor con su vigoroso brazo la clavó en su asiento.

—Es preciso, le dijo él con amabilidad, que tengais fe en mí, señora; es preciso que me ayudeis vos á desalojar de vuestra mente esos negros demonios. Todos los que os estiman lo desean, y ello está en vuestra mano....

—¡Pero no veis que está allí, el espíritu del hogar?

—Pues qué, ¿tan malvado es él?

—Furioso, zeloso, exasperado.

—Nada temais.... ya los conozco yo á esos espíritus y me obedecen.

—¿Os obedecen ellos? ¿Con que cree usted que los hay?

—Sin duda que sí, pero no les tengo miedo, dijo el doctor riéndose de su ingeniosa mentira. En la medicina, como sabéis, se sirve uno del fuego como del hierro.... es un esclavo que sujetamos á nuestra voluntad....

—¡Ah! dijo Silvia con júbilo, ¿creéis en el espíritu! Bueno, y ellos, ellos que están á mi lado no creen en él, y eso es lo que me exaspera....

—De suerte, que pues yo creo en él, tendreis menos miedo.

—¡Oh, sin duda! le direis que yo he obrado como por fuerza.... para salvar la vida del que no queria yo amar.

—Le diré cuanto gustéis, señora; pero es necesario que me otorgueis una gracia como á un verdadero y buen amigo vuestro.

—¿Qué quereis? Hablad y os obedeceré.

—Es preciso que me conteis la historia del Espíritu del hogar.

—No la sabéis.... en efecto.

—No, y tendria mucho gusto en saberla.... Si quisiérais contármela.... ¿Qué decís?

—Con mucho gusto..... pero viene de léjos.

—Iremos para atrás, eso nos rejuvenecerá.

—Pues señor, sabed que el Espíritu del hogar, como todos los espíritus que pueblan la llama, ha sido un jóven bueno y gallardo á quien llevó al sepulcro una enfermedad mortal.... De él me viene esta creencia de que el alma de quien nos es caro vuelve aquí después de la muerte.... Pero, doctor, vos tambien os mofais de mí, pues no veo que me esoucheis después de haberme rogado que hable.

En efecto, Alfieri parecia buscar, como en medio de un laberinto de ideas, un recuerdo que huia sin cesar.

—Dispensad, replicó, que no pierdo una palabra de lo que decís.

—Marchóse pues léjos de mí para restablecerse y léjos de mí murió.

—¡Murió! dijo el doctor.

—Sí, después de haberme escrito su voluntad postrera.

En esto Alfieri tenia fijos sus ojos en el fuego y gruesas gotas de sudor brotaban de su frente.

—Yo, prosiguió Silvia, debía creer como él en el regreso de las almas á la tierra, en el culto consagrado por los filósofos antiguos; yo debía tener fe en su presencia en el hogar y guardarle mi vida.

—Lo habíais prometido, ¿no es así? exclamó el doctor.

—Sí.

—¿Y él tambien?

—Tambien él, señor.

—¡Poderoso Dios! ¡Poderoso Dios! exclamó el facultativo, ¡Poderoso Dios, ayúdame!

—¿Qué es lo que dice? pregunté á de Virille desde el fondo del aposento en donde se habia quedado conmigo.

—Dejadle, es un hombre prodigioso, me contestó; bien te lo habia predicho yo, tiene cosas que le son peculiares.... Yo no me admiro de nada.

—Ahora, dijo Silvia, ¿no os parece que tengo razon de temerle?

—¡Escuchad! dijo el doctor; ese enamoramiento, inocente preludio de vuestro culto, ¿cómo principió?

—En un desvan.

—¿Dónde?

—En Paris.

—¡En Paris, en Paris! y... ¿y cómo era el desvan? describidmele.

—¡Oh, con mucho gusto! Era un aposento con tapicería de flores, con rosales en las ventanas por el verano, unos pajarritos enjaulados por el invierno.

—Y ¿qué hacíais allí?

—Platicábamos, cantábamos.

—¿Cantábais?

—Sí.

—¿Qué?

—Romances, cancioncillas, ¿entre otras la de la Chispa!

—¡La Chispa! dijo el doctor, ¡la Chispa! sí, sí, he oido nombrar esa cancion, y decid.... ¿la sabéis?

—Sí, pero desde hace mucho tiempo, desde... mi casamiento no he podido cantarla.

—No temais nada, decidla.

—¡Oh! no, no he de poder, él habia compuesto la música; nunca jamás tendria yo valor....

—¿Cómo! ¿no habrá aquí quien me quite de encima este manto de plomo que me oprime el cráneo? vociferó el doctor con

enfurecido acento; ¿no habrá quien me diga esa cancion tan deseada?

Yo me acerqué azorado.

—Yo, yo la sé.

—¡Cantad pues, señor, en nombre del cielo, en nombre de la ciencia, en nombre de mi sosiego!

Abrí el piano, y tras un preludio despedido de mis dedos agitados, comencé:

Dime, chispa bulliciosa,

Que ora del fuego te alejas,

¿Qué quieres?

¿A dónde vas tan gozosa?

Y dí, pues la tierra dejas,

¿Quién eres?

¿Vas á albergarte en la altura

Junto á alguna amiga estrella,

Y de paso

Aumentar con tu luz pura

La luz de alguna centella

Por acaso?

—¡Dios del cielo! ¡Dios de la tierra! exclamó el doctor, ¿vas por ventura á repetir tus milagros? ¿Se ilumina mi entendimiento, Criador omnipotente, se agranda é ilumina mi pensamiento! Esa cancion me restituye la memoria, me acuerdo....

—¿De qué os acordais?

—Ayer, esta mañana, hace quizá mucho tiempo, escribí....

—¡Volved en vos! ¿qué escribisteis?

—Una carta..... ¿la han traído? ¿que vuelvan á llevársela!....

—Y ¿quién habia de traerla? dije; no os comprendo.

—Un hombre, un desconocido... tartamudeó el doctor sucumbiendo á un trastorno inexplicable y cayendo por tierra. Levantámosle: la misma Silvia ayudó á prestarle auxilio.

—¿Qué extraña escena! díjeme á de Virille al oido.

—No entiendo una palabra.

—¡Papel! decía suspirando el doctor, ¡no se la debe dejar en esa congoja!... en esa mortal congoja ¡Papel, papel, por Dios!

Presentámosle una hoja de papel y una pluma:

Trazó unos vocablos, haciendo en balde por llorar. Silvia y yo seguíamos los movimientos de su mano: he aquí lo que escribía:

Ilumínase mi oscuridad.... ¿dónde?... ¿cómo?... ¿por qué? no sé.... yo vivo....

—¡Ay! exclamó Silvia dándose una palmada en la frente.... ¡Esa letra! ¿no es un prodigio?

—¿Qué?

—¡No, no puede ser! ¡me engañan mis ojos!

El doctor, sostenido por mí, volvió á escribir:

Vivo, y quiero volver á verte, espérame.

A.

—¡Oh, oh! exclamó Silvia, ¡no estais viendo que es él!... él... esa es su firma, examinad esa A.

—Es Alfieri, dije.

—¡No, es Alarico!... ¡Alarico á quien yo creía muerto!... ¡y que hoy sale del sepulcro!

Y se abalanzó como una leona sobre el doctor.

Pero este no la oía ya, no la escuchaba ya.... Tantos sacudimientos habian trastornado aquella vigorosa naturaleza: permanecía sin movimiento en mis brazos.

Esta historia, Flavia, si no estuviese seguida de notas explicativas, parecería un cuento de las Mil y una noches; y sin embargo no ha habido cosa mas cierta. Alarico era en efecto á quien volvíamos á encontrar bajo la forma prosaica del doctor italiano, establecido, casado y con tres querubines de hijos, frutos de un amor correspondido. Mirad de qué suerte el azar, abogado de imposibles, habia arreba-

tado á las Parcas el hilo medio roto de su vida.

Alarico curado por los médicos y por sí propio por una tisis, tenia una enfermedad de consuncion, acompañada de síntomas desorganizadores. Habia él caído en un estado de desfallecimiento que denotaba la proximidad de su fin, y cuando se apartó de su lado el conde de Beaulieu, después de acabar su carta á Silvia, las apariencias de la muerte eran evidentes para todos.

¿Cómo es que encontrábamos á Alarico vivo, casado y hecho padre de familia, un ciudadano respetable de una ciudad piemontesa, cuando le habíamos llorado por muerto y que su amante afligida habia llevado la fidelidad de la memoria hasta el extremo de creer en la presencia de su espíritu en los mil átomos que bailaban al ruido de la llama en el hogar luminoso?

Veinticuatro horas se pasaron antes de volver yo á ver al doctor. Habíanle llevado á su casa, abatido y dolorido, pero callado y sereno. Permaneció toda la noche sin proferir una palabra, sin expresar una voluntad, sin manifestar un desseo.... luchando con su indeciso pensamiento....

Silvia, por su parte, tuvo una trasformacion completa: disipóse su locura como si la mano de Dios hubiese abierto los cerrados párpados de su vista espiritual, como si el negro y denso velo con que habia estado cubierto su entendimiento hubiese de pronto caído... Ella habia pagado un tributo demasiado crecido á la imaginacion para que no se asiese con anhelo á la realidad.

—Él es, me decía ella, estoy segura; es Alarico; su letra me lo ha revelado, y luego he descubierto en su rostro tan cambiando las facciones antiguas.

Un secreto temor me agitaba en medio del regocijo que me causaba el alivio ó

mejor dicho la curacion de Silvia. Si aquel hombre era su antiguo amante, ¿no sucedería que le amase, y no tendría yo que luchar contra un vivo después de habérmelas habido con un muerto?

Luego que hubo trascurrido el tiempo que pedía la etiqueta, mandé pedir á Alfieri una entrevista particular: él no se resistió á dármele.

Al punto que me vió me tendió los brazos.

—Venid, amigo, venid; hace muchas horas que esperaba yo veros.

Sentéme junto á su cama.

—¿Y ella? me dijo.

Engendró en mí esta palabra un sentimiento agudo de zelos: la que él nombra "ella" era mi mujer, á quien el ministro de Dios habia bendecido y la cual estaba unida á mí por medio del indisoluble lazo del matrimonio.

—¿Dónde está ella, amigo mio, pues mi memoria que he recobrado con la memoria de ella me tiene en una turbacion summa?... ¿Desde cuándo me he apartado de ella? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que le escribí la carta, anuncio de mi muerte? Y aun ese fallecimiento ¿por qué no ha tenido efecto?

—Pues qué ¿lo ignorais vos tambien?

—Sin duda... cuanto puedo deciros es que he estado muy enfermo, que un ángel me ha asistido y salvado la vida y que me he hallado tan feliz en lo presente que nunca pensé que pudiese existir un tiempo pasado... ¡Oh! ¿pero y ella? ¿y Silvia? ¿no pudiera yo verla? ¡la que tanto he amado!... ¡la que ha ocupado de continuo mi pensamiento!

Un calofrío corrió por todo mi cuerpo; sentí frio hasta en los cabellos, como dice con tanta sencillez un autor contemporáneo.... Sin embargo, me armé de resignacion.

—Ella está aquí, le respondí, ha venido conmigo.

Silvia se arrojó en sus brazos.

—¡Alarico! díjole ella, ¿eres de veras tú?

—¡Sí!

—¿Tú á quien he velado en mi propio cuarto, acostado en mi propia cama?

—Sí, sí, yo soy y quiero no dejarte la menor duda de ello.

—Pues dime, cuando te quejabas ¿qué hacia yo para que te durmieras?

—Me dabas un beso en la frente.

—Cuando yo salía contigo, ¿cómo iba yo vestida?

—Llevabas un vestido....

—Verde, dijo Silvia apuntándole.

—Sí, con hojas coloradas.

—Y un gorro blanco con listones...

—¿Color de lila!

—¡Oh, él es! ¡no hay duda de que él es! Y besaba ella sus manos de él con desvarío.

Volvíme yo hácia la pared y como César cuando fué herido, oculté mi cabeza debajo de la capa.

—¿Cómo ha sucedido eso! exclamó mi mujer.

—Escucha, es menester averiguarlo.... es preciso poner en claro este misterioso enigma. Dentro de unos dias estaré mejor de salud: citadme vosotros á la ciudad que lleva el sello de mi triste carta... Allí se explicará todo. Mientras, hoy que he tenido la fortuna de veros, voy á encerrarme en mi casa para procurar alguna firmeza á mis ideas.

Quince dias después hallábamonos donde mismo se habia Alarico despedido tan solemnemente de la vida. Encontrámonos todos en la casa de hospedaje que él habia habitado.

Mas ¿cuál no fué nuestra sorpresa al advertir que habia un cubierto de sobra en la mesa que debia reunirnos!

—¿Quién ha mandado poner ese cubierto? preguntamos.

—Un viajero que hace ocho dias llegó y os conoce bastante para darse por convidado.

—¿Dónde está?

—En la sala contigua.

Abrió la puerta y nos encontramos con el conde Beaulieu.

—¡Hola, señores! ¡cómo íbais á olvidaros de vuestro albacea en la ceremonia de la resurreccion?

—Bien ocupais vos uno de los cinco asientos, pero aun me falta quien haya de ocupar el sexto.

—¿Para quién es?

—Para el personaje importante del drama de mi vida, el que hace el desenlace.

—¿Cuándo vendrá?

—¡Oh, no os impacientéis! ya se aparecerá, como los dioses de la ópera, por un escotillou, en cuanto sea la hora.

—Ahora bien, señores, ¿sabeis cómo se ha salvado Alarico? dijo Beaulieu descubriendo el potaje de *ravioles*.

—No, dije.

—El bribonazo estaba aletargado. Puesto ya dentro del ataúd, al tiempo de ir á clavar este, hizo sus reservas, arriesgó un movimiento y lleváronle de nuevo á la cama. Como habia gastado en su entierro cuanto tenia, era un difunto muy solvente, si bien por otra parte un vivo muy necesitado. Estaba hermoso, aunque pálido; regresaba del otro mundo; una viuda fresca que habia oido hablar del paraíso le asistió con mucha eficacia para que le diese él noticias de aquella region. Él por su parte tuvo á bien no perder la vida ni aun el juicio; solamente la memoria perdió.

—Es verdad, prosiguió Alarico soltan-

do su cuchara; y como habia olvidado, tomó el afecto que le inspiraba su bienhechora por un primer amor, y se dejó casar con arrobamiento.

—Y ese ángel, ¿dónde está? preguntamos todos.

—Aquí la teneis, dijo Alarico levantándose para recibir á su mujer, la mas preciosa italiana rubia que pudiera verse en aquella region de la hermosura donde son tan escasas las rubias.

—Ya teneis *utilizado* el sexto cubierto, dijo Alarico, con el personaje que hace el desenlace.

—Yo he tenido la honra de bailar con la diosa, dijo entre dientes de Virille, y me consta que es mas ligera que las de la ópera.

—¡Comamos! exclamó Beaulieu, y echamos leña á la lumbre.

—¿Ya no tendrás miedo del Espíritu? pregunté á Silvia.

—Ya no, dijo ella abrazándome y tendiendo la mano á madama Alarico que tenia á su lado: ahora vive él para hacer feliz á esta preciosa amiga.

—Pero siempre le habeis sido perjura, reparó alegremente Alarico.

—Es que yo habia prometido amaros muerto y no vivo.

Volví yo hácia el doctor.

—Oid, doctor, exclamé; si, ¡Dios no lo quiera! hicieseis el desatino de moriros antes que yo, otorgadme una gracia.

—¿Cuál?

—Hacedme el favor de no apareceros.

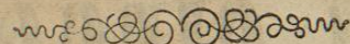
Soltóse á reir el doctor.

—Con mucho gusto os lo prometo, díjome; pero ya lo sabeis... ¡tengo tan poca memoria!....

(Traducido para la Semana por Eufemio Romero.)



ECONOMÍA DOMÉSTICA.



BOLAS DE NIEVE.

Tómese media libra de arroz y bátase en agua con la corteza de un limon hasta que esté tierno y escúrrase: Divídase en cinco partes, y revuélquese una manzana mondada, descoronada y rellena con azúcar y canela en cada monton, atándolas luego muy apretado en puños separados. Hiérvanse una hora y sírvanse con caldo de pudín.

ESENCIA DE CLAVO.

La esencia de clavo se hace poniendo el clavo especia en infusion de espíritu de vino.

BOLLOS PERPETUOS.

A dos libras de harina, una libra de azúcar y una onza de alcaravea, mézclense con cuatro ó cinco huevos y unas cuantas cucharadas de agua hasta formar una pasta tieza; hágase con esto un rollo delgado y córtese dándole cualquiera figura. Cuézase en hojas de lata ligeramente despolvoreándolos de harina. Mientras esté cocién dose, hiérvase una libra de azúcar en un cuartillo de agua hasta que se forme un jarabe ligero; y el jarabe mientras los bollos están calientes, váyanse sumergiendo los bollos en el jarabe y luego pónganse al horno en hojas de lata para que un corto rato se sequen, y cuando el horno esté mas frio vuélvase á poner en él y ténganse allí cuatro ó cinco horas.

VACA DE HAMBURGO.

Tómense unas costillas de vaca y ténganse tres semanas en una salmuera com-

puesta con una y cuarta libras de sal, una libra de metole (miel de caña) y una y media onzas de salitre, bien untada, después de lo cual séquese al humo de leña. La mixtura en las proporciones expresadas, basta para quince ó diez y ocho libras de vaca.

SOLUCION

DE LA QUISICOSA INSERTA EN LA PÁGINA 344.

Primera operacion: Con el aceite de la ánfora llénese la medida de los cinco cuartillos; hágase en seguida lo mismo con el aceite de esta, llenando la medida de tres cuartillos; y resultará esta última medida con *tres* cuartillos, la de cinco, con *dos*, y la ánfora con *tres*.

Segunda operacion: Pásense los tres cuartillos de la medida de tres, á la ánfora, y los dos de la de cinco á la de tres: con el aceite de la ánfora que tiene ya seis cuartillos, llénese la medida de cinco, y se tendrá la ánfora con *un* cuartillo, la medida de cinco con *cinco*, y la tres con *dos*.

Tercera operacion: Con el aceite de la medida de cinco llénese la de tres que tiene dos, y los tres cuartillos con que esta resulta, pásense á la ánfora que se halla con uno; y de este modo tendremos por último resultado divididos los ocho cuartillos en dos porciones exactamente iguales, *cuatro* cuartillos en la ánfora, y *otros tantos* que quedan en la medida de cinco.

VICENTA ROSAS.